

Año IV. Barcelona 5 de Diciembre de 1890. Núm. 182.

La Semana Cómica

LIT. MORALES. UNION 17.

DIRECTOR J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTROS ACTORES, POR ESCALERA.



Periódico literario, ilustrado

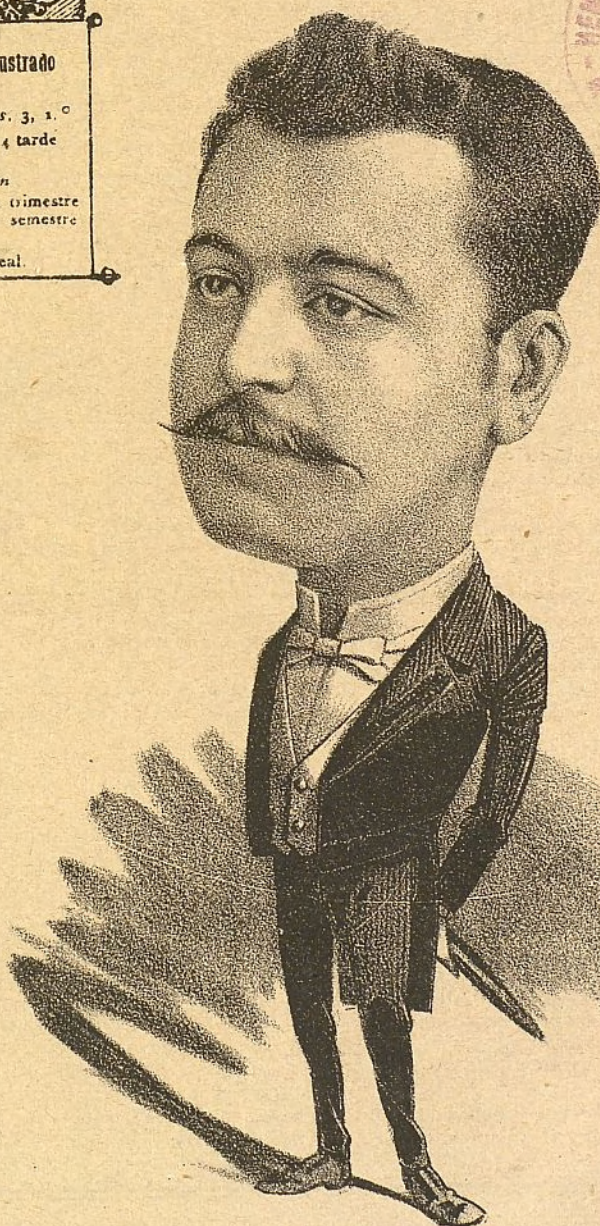
Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

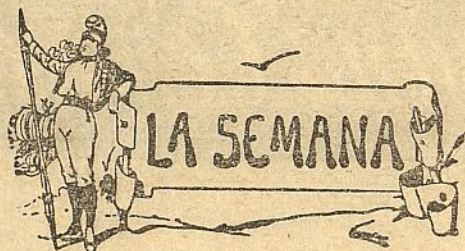
Barcelona. . . . 1'50 ptas trimestre
Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 2 real.



AGAPITO CUEVAS.

Ayuntamiento de Madrid



El caer de la hoja, época siempre funesta y mortal para los tísicos, ha sido este año de alegría, esperanza y animación para los habituales huéspedes de Panticosa y Urberuaga de Ubilla.

Cierto es que las postrimerías del otoño vienen como de ordinario envueltas en fríos, vientos y humedades capaces de cuartejar y endurecer el pulmón más sano y esponjoso, pero con esas calamidades del barómetro llegan también brisas de esperanza y aires de consuelo, propagadores, *urbi et orbe*, del famoso descubrimiento del Dr. Koch.

Hoy es universal el grito parisien de hace veinte años: ¡A Berlín! ¡A Berlín!

«¡La tisis ha muerto!» podemos decir hoy simplemente, en vez de exclamar como antes:

¡La tisis ha muerto... á muchos!

Los tubérculos que trajo Permantier libraron del hambre, á la generación pasada; los tubérculos que extingue Koch libran á la generación presente de uno de sus mayores peligros.

Todas las grandes cruces son pocas para cubrir el pecho de quien ha quitado cruces tan grandes al pecho enfermo de los demás.

Decíase, combatiendo el positivismo actual, que las ciencias naturales acabarían con las ciencias especulativas.

Y el fenómeno empieza á verificarse.

La medicina acaba con la *Ética*.

Pronto los jóvenes sin alientos tendrán sus pulmones más potentes y robustos que fuelle de herrería; de hoy más, los muchachos enclenques y echados para adelante *sacarán el pecho fuera*—como el río de Fray Luis de León—y formarán brillante ejército de *pecheros* que rodee al sabio de Berlín; ya pueden vivir seguras las madres y tranquilas las hijas de que no ha de asustar á estas la amarga reflexión de *la Traviata*: ¡Gran Dio, morir si giovannel!

Nunca como ahora podemos exclamar subiendo los pulgares á la abertura del chaleco y acariciándonos los pectorales:

—¡Respiremos!

Pero si hay para alegrarse con la invención del doctor berlinés, hay para fruncir el entrecejo ante la marcha que de poco tiempo á esta parte lleva la terapéutica.

Vacuna antigua contra la viruela, vacuna moderna contra la tisis, vacuna probable contra la difteria, inyecciones hipodérmicas contra el cólera, inyecciones cutáneas contra los dolores...

¡Oh, pasmosa y creciente invasión de la *pinchoterápia*!

Los médicos de ahora miran por encima del hombro á la antigua farmacopea, y se comprende. La

antigua medicación por píldoras ¿no era una terapéutica *embolada*? La medicación reciente por vacunaciones é inyecciones ¿no es una terapéutica *en puntas*?

Pues no cabe dudar de que entre un médico moderno y otro antiguo hay la diferencia que media entre un matador de cartel y un torero de invierno.

Mas como los extremos se tocan, fuerza es confesar que un doctor de los de ahora tiene gran semejanza con un médico de Molière.

Ambos llevan la jeringa debajo del brazo.

Bien que la de aquellos era una lavativa respetable y la de estos es la menuda é incisiva jeringuilla de Pravat.

Es innegable que el nuevo sistema debe de hacer laboriosas á todas las mujeres é inclinarlas por temperamento á los trabajos de aguja.

Desde los pinchazos en los pulpejos infantiles, para abrir paso á los primeros pendientes, hasta las inyecciones de morfina para mitigar los dolores del parto, la vida clínica de la mujer es un perfecto y no interrumpido pespunte.

Y es claro también, que tantos alfilerazos sucesivos, han de avivar la actividad del hombre, estimulándole á trabajar frenético y nervioso, en la dura y cada vez más empeñada lucha por la vida.

Bien con la jeringuilla, bien con la lanceta, es, pues, conveniente picar, pero no hasta el extremo de picar... en historia.

Porque si esto no es espolear al género humano, que venga Hipócrates y lo vea.

Si por cada enfermedad se descubre una nueva vacuna y nos hacen, por consiguiente, tantas incisiones como riesgos corre nuestra salud ¿á dónde iremos á parar?

El hombre mechado y la mujer trufada, son, por lo visto, los ideales de la ciencia médica.

Que eso es muy *fin de siècle* y elegante, por de contado no cabe dudarlo.

Como que esta es la medicina puesta de veinticinco mil alfileres.

Pero yo reclamo un poco de caridad para cuando esté enfermo.

El paciente es un prógimo; no es un acerico de tocador.

En vista de todo lo expuesto, hemos de convenir en que la carrera de Medicina es la primera profesión de Europa.

Un hombre que no es médico ni cirujano es un hombre que ni pincha ni corta.

Romero Robledo ¡fué á Málaga á buscar pasas? D. Venancio Gonzalez ¿estuvo en Toledo á comprar turrón? Canalejas ¿se ha traído peladillas de Alcoy?

Porque esta es la hora en que mucha gente no sabe si esos y otros viajes políticos han tenido por objeto preparar la campaña de elecciones ó asegurar la colación de Navidad: aunque no falta quien opina que hubo el pensamiento de matar esos dos pájaros de un discurso.

Los banquetes políticos son una necesidad, hoy que todo se hace madura, y reflexivamente, y no como antes, en que los partidos nacían y morían *sin comerlo ni beberlo*.

Añádase á esto el período electoral en que vivimos hace unos días, y se comprenderán la utilidad y trascendencia de los banquetes últimamente celebrados, gracias á los cuales han aparecido hasta en la sopa candidatos á la diputación, ya provincial, ya á Cortes.

—¿Por dónde piensa Vd. salir?—le preguntan á uno.

—Yo si salgo, saldré por Misericordia.

—Hombre, no sea Vd. modesto.

—Me refiero al santuario de Misericordia, porque yo soy de allí al lado; de Borja ¿sabe Vd.?

Con la nueva ley electoral ha entrado en ganas mucha gente que jamás había pensado en ejercer cargos públicos y que hoy bebe los vientos por conseguir un acta y poder el año que viene echar en la estafeta del Congreso la correspondencia propia y todas las cartas de los amigos.

—Usted—le preguntan á un candidato—¿con qué carácter se presenta?

—Con ninguno político; soy candidato independiente.

—Y ¿piensa Vd. en el triunfo?

—¡Ya lo creo! Tengo gran arraigo en el partido.

—¿En el partido? Pues ¿no dice Vd. que es independiente?

—Es que donde tengo yo el arraigo es en todo el partido.... judicial.

Pese á la sinceridad y á otras monsergas, el que cuenta con el apoyo del Gobierno se considera hombre feliz.

—El triunfo de los encasillados es seguro—decía un orador callejero.

—Pues entonces yo iré á las Cortes—exclamó uno de los circunstantes.

—¿Tú diputado?—replicó otro—pues ¿qué eres tú?

—Vigilante de consumos. Me parece que mas encasillado....

A mal tiempo, buena cara, dice el refrán.

Pero en Barcelona, al mal tiempo que hace, le ponemos cara peor, á juzgar por el aumento de criminalidad que estos días se nota y que acusa un agriamiento en los caracteres y una irritabilidad nerviosa alarmantes por lo generales y endémicos.

Hoy es un marido que, cansado del séptimo sacramento, le rompe el primero á su mujer; mañana es un amante que la emprende á tiros con su novia; otro día es un caballero mal humorado que se toma la libertad de quitarse la vida en medio de la calle...

—Si esto sigue, no sé donde vamos á parar—decía un caballero.

—Pues ya lo ve V.:—le contestaban—al cementerio ó á la cárcel; no podemos ir más derechos.

Acaso sea el frío el que obligue á la gente á echar más y más leña en el fuego devorador de las pasiones; quizá los halagos, adulaciones y promesas de los candidatos hayan ensobrecido al cuerpo electoral, hasta el punto de creerse muchos electores con derecho á quitar de enmedio á quienes les venga en ganas; puede ser que el género humano haya entrado á estas fechas en la humilde categoría de los «géneros averiados» y probablemente estas serán las menores entre el sin número de causas

que debe de tener el lamentable fenómeno que presenciarnos á diario.

De que hay muchas causas no les quepa á ustedes la menor duda.

Los escribanos pueden dar razón.

Y tanto puede ser el quehacer que se amontone en las Audiencias dentro de poco, que hayan de establecer allí servicio permanente y anunciarlo con faroles como las empresas fúnebres y las casas de empeños.

Los juicios orales, las vistas públicas, las causas por jurados tendrán lugar de día, de noche y á todas horas; que si se trabaja noche y día cuando hay prisa por acabar una cosa, no debe emplearse un procedimiento menos rápido cuando se trata de acabar con el crimen.

—¿A dónde vás á estas horas?—le diremos, ya entrada la noche, á algún abogado amigo.

—Tengo vista.

—Dios te la conserve muchos años.

—Quiero decir que voy á la Audiencia. No sé si podré salvar del garrote á mi defendido, un asesino.

—Y ¿qué vas á pedir para él?

—Cadena, solamente.

—Poco es eso; debían darle también reloj.

Abrigo la esperanza—y ya puede agradecerme que la abrigue en este tiempo—de que el furor criminal que lamentamos será un fenómeno pasajero y pronto quedará Barcelona como una balsa de aceite.

—No haga Vd. caso—me decía á principio de mes un caballero—estos crímenes no tienen importancia alguna.

—Pero hombre, y esa frecuencia...

—Créame Vd.; ¡barruntos de Santa Bárbara!; no son más que eso.

Un periódico de Barcelona apunta la idea de regalarle una escuadra al Papa.

Y no me atrevo á decir que el obsequio sea de sumo gusto, aunque será de sumo... pontifical.

La escuadra en el Mediterráneo y el Papa allá en Roma ¿qué regalo es ese que nunca puede llegar á vista del dueño?

Fijense en esto los autores del proyecto y desistan de él porque induce á creer que el obsequio no ha de ser del agrado de Su Santidad el hecho de que materialmente «no podrá verle».

Si el poder temporal ha de venir ¿no es preferible que venga por tierra á traerle pasado por agua?

Ni ¿qué falta hacen á la Iglesia aprestos marítimos?

Naves ¿para qué mejores que las de los templos góticos? *Cruceros* ¿cuales más hermosos que los de las catedrales bizantinas? *Velas* ¿á qué sacarlas de los altares?

Vale mas que el proyecto naufrague.

¡Una escuadra al Papa! Solo esa idea tiene las trazas de la mas impropia adulación.

La nave de San Pedro nunca ha sido más que una.

LUIS ROYO VILLANOVA.

—*—



¡La vida así es nn inferno!
¡Yo me abraso de calor!
¡Qué estación! ¡Señor, Señor,
qué venga pronto el invierno!

LA HISTORIA ETERNA, POR ESCALER

EN



¡Qué tiempo tan inhumano!
 ¡Esto es helarse de frío!
 ¡Qué estación! ¡Dios mío, Dios mío,
 que venga pronto el verano!

SALUDOS

No siento pesar ninguno
aunque el día malo esté;
¡nunca falta quien le dé
los «buenos días» á uno!

La refinada cultura,
de la que vamos en pos,
nunca se ocupa de los
cambios de temperatura.

Una calle frecuentada
cruzo y oigo acá y allá:
«¡Muy buenos días!» ¡y está
cayendo una granizada!

Y ocurre que un desvalido,
por la desgracia abrumado,
que siempre malhumorado
anda, y cariacontecido,

tiene á veces á cualquiera,
su saludo al contestar,
los «buenos días» que dar,
¡cual si él alguno tuviera! ..

Va uno á la oficina y le
dicen: «¡No pase adelante!
Le han dejado á usted cesante...
¡Buenos días tenga usted!...»

¡Buenos días, y están llenos
de negras melancolías!
Se dan muchos «buenos días»,
pero pocos días buenos.

Así mismo, á una persona
que consume al por mayor
las pastillas del doctor
Andreu de Barcelona,

que toda la noche pasa
haciendo de tos derroches,
le decimos: «buenas noches»,
y nadie lo toma á guasa;

ó un vecino socarrón
las buenas noches nos dá,

¡y toda la noche está
tocando el acordeón!

Debemos todos quejarnos
de que las mujeres usen
esa frase y de ella abusen
algunas al saludarnos.

Y son fundadas las quejas:
que las buenas noches den
las jóvenes, está bien;
¡pero que las den las viejas!...

Esa frase inconveniente
no es sola; se suele usar
otras para saludar
que fastidian atrozmente.

Otra que no hay quien resista
es la que suele emplearse
de un amigo al separarse;
á saber: «¡Hasta la vista!»

El dicho es un dicho feo,
pues los que pasan al lado
pensarán: «¡Este es un reo,
ó un testigo ó un jurado!»

Y es hacer un disfavor
á los aludidos, pues
son tres *papeles* los tres
que no sé cual es peor.

¡Ah! y á la memoria ahora
un don Diego se me viene,
que en su casa ha meses tiene
á un primo de su señora,

y el primo, que bromas gasta
con la mujer de don Diego,
suele decirle: «¡Hasta luego!»
por no decirle: «¡Luego, astal...»

A lo mejor un cargante
nos dice al hallarnos en
la calle: «¡Pásalo bien!»,
¡y se nos pone delante!

Irme á vivir con Satán
no temiera al ver qué los
amigos siempre me están
diciendo: «¡Vete con Dios!»,
pero cuando á a gun bolonio
esa frase oigo decir,
con Dios no me puedo ir
porque me lleva el demonio;
que á veces oirlo suelo
á personas muy villanas,
que parecen tener ganas
de que uno se vaya al cielo.

Conversar nunca he logrado
con quien al hablar eluda
las frases hechas,—sin duda
por algun desocupado,—

Nadie hay que no las encaje
y así á la rutina venza,
¡Vamos! ¡no es una vergüenza
que guste tanto el follaje!...

Nada esos necios resabios
significan; á mi ver:
total, no pasan de ser
un adorno de los labios...

Tanto en la conversación
por eso mismo se aplican;
porque nada significan
tienen significación

y á pesar de lo que he escrito
—bobadas insustanciales,
en punto á valor iguales
al de las frases que cito,—

la colección apuntada
debe siempre subsistir;
sin ella, ¿qué va á decir
quien no quiera decir nada?

FERNANDO SEGURA.

HISTORIAS TRISTES

(POEMA EN UN CANTO)

(Continuación) (1)

Un día Andrés y Berta se encontraron;
el paso detuvieron,
y—me atrevo á decirlo—se miraron;
y—me atrevo á jurarlo—se entendieron.

Andrés, al contemplarla tan hermosa,
leal siempre á su lema,
huyendo altivo de la estéril prosa
en un minuto improvisó un poema.

La envolvió con su eléctrica mirada;
siguió las curvas de su talle esbelto,
absorto ante su mágica belleza,
y sintió en las entrañas de repente
el malestar agudo que se siente

cuando el amor á germinar empieza.

¡Y Berta! Es natural: ave canora,
se dejó acariciar de aquellos ojos
por la mirada pérfida y traidora;
subió á su corazón la sangre cálida
en tumultuoso, hirviente remolino,
cual sube al cráter la rugiente lava,
y siguió vacilante su camino,
el cuerpo libre, pero el alma esclava.
Y... como era imposible
que no volvieran á encontrarse luego,
había cada vez más combustible
para avivar de la pasión el fuego.

(1) Véase, si se quiere, el número anterior.

VI.

Pasó un mes y otro mes; cada mañana proseguían el diálogo, cortado allá en la noche al pie de una ventana, en las negras butacas del estrado.

Allí, los dos á solas, crecían la pasión y el sentimiento, como crecen las olas si las empuja y las azota el viento.

Él mezclaba en sus pláticas de amores astros y nubes, pájaros y flores, ondas de luz, arranques de alegría; ella hablaba muy quedo, y sonreía, y la voz en sus labios seductores era un himno de amor y poesía.

Sabiendo que era amada, muy amada, y sintiéndose amante, muy amante, había más calor en su mirada que del sol en la hoguera rutilante; y, de amor ideal ambos embelesos, en sus puros y castos embelesos, se daban muchos besos, muchos besos, sin que supieran nada los sentidos.

VII.

¡Ay! esas horas de ternura y gloria que todos una vez hemos gozado, se van presto dejando en la memoria algo como el recuerdo luctuoso de un bellissimo sueño malogrado.

Si en el albor temprano de la vida la dicha nos halaga, es antorcha que apenas encendida al primer soplo del turbión se apaga: y ya desvanecida

(Continuará)

¡qué amargo desconsuelo, al mirarla perderse en lontananza sin que jamás la alcance nuestro anhelo! Son aves la ventura y la esperanza; tienen su nido en el azul del cielo, y si se dignan abatir el vuelo, cruzan muy alto y nadie las alcanza.

VIII.

Andrés amaba con el alma toda; mas vino un día este fatal dilema: ser ó no ser el héroe de una boda: he aquí la gran cuestión; el gran problema.

Y como para aquel que erige altares al culto de sí mismo, la gloria y el amor sin duda alguna son dos formas no más del egoísmo, siguiendo los fulgores de su estrella exclamaba el poeta de mi historia: «Berta es bella, muy bella; pero ¿será más bella que la gloria?

Ante ese paralelo se entablaba lucha tenaz entre el amor y el arte, y Berta en esa lucha no llevaba, á decir la verdad, la mejor parte.

El olvido triunfaba tras largas noches de afanar violento. ¡Ah! están los errores de la vida! combaten vanidad y sentimiento, y nunca fué la vanidad vencida.

IX.

Ved la carta doliente que escribía el émulo ferviente de Quintana, á bordo del vapor *Andalucía*, pronto á zarpar del muelle de la Habana.

LUIS MUÑOZ RIVERA

D. PERICO.

I

—Ya van á salir, ya van á salir los condenados, exclama Perico.

Y sacudiendo su pereza, abre la boca, y los ojos se le saltan de las órbitas, y el corazón, que en el pechazo del muchacho está ordinariamente como peonza dormida, se bailotea entonces apresurado.

Por último, sus amigos, los únicos amigos de Perico, salen de sus escondrijos, primero con grandes precauciones, y moviendo con vivo anhelo sus hocicquillos de finos bigotes, los ojos relucientes como granitos de azabache, luego andan poco á poco, y después, ya confiados, se lanzan á la carrera y á saltos hasta el fondo del largo almacén.

¡Son los ratones!

¡Con que maliciosa alegría los contempla el simpión de Perico! Las carreras de ratones son su diversión, así como para los aficionados á caballos los juegos de un hipódromo. La astucia de que dan pruebas al huir del pelgro y la habilidosa destreza que muestran para rebuscar, óler, gustar, roer y devorarlo todo, mordisco á mordisco, son grande en-

señanza educadora, que aprovecha el gandulazo del muchacho.

Creció tras del mostrador, soplándose los sabaliones escocidos ó agrietados que le comían manos y orejas; no ha visto más mundo que aquel tenducho, con sus pirámides de azúcar, sacas de garbanzos, muros de quesos y como estalacitas decorativas, embutidos, jamones, velas y tocinos colgantes del techo.

¡Prosa vil, prosa vil! ¡mundo suntuoso de manteca de Flandes, zafras de aceite, pipas de aguardientes! Deletreando él en papelotes para envoltorios, fué aprendiendo á leer, dejando, si alguna vez se aventuraba á hacer ensayos caligráficos, la pluma por la escoba, y debiendo tirar aquella con la repugnancia y el desprecio con que cualquiera rechazaría esta última.

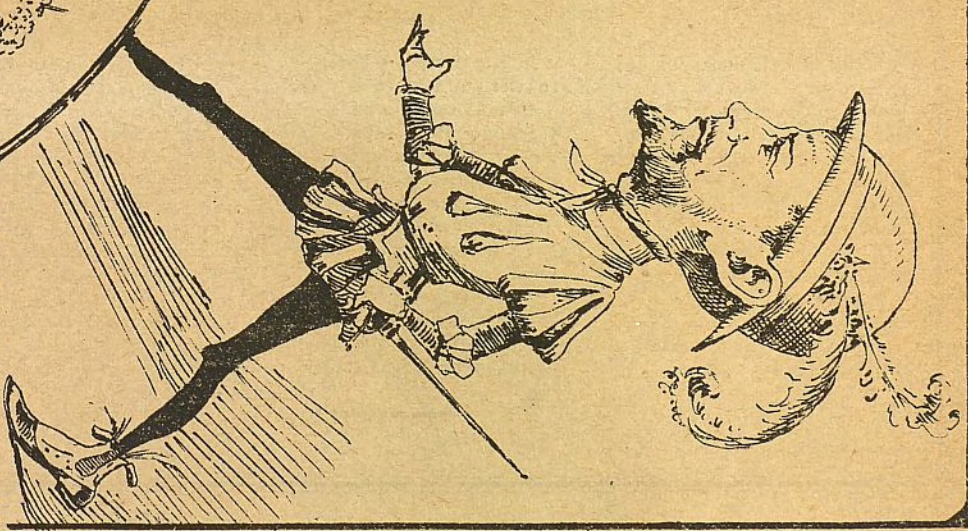
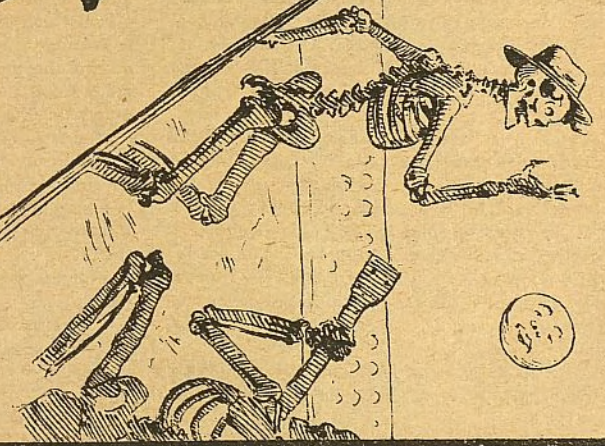
¡Zis, zás! los coscorrónes y capirotazos caían de continuo sobre el cogote ó en sus rollizos mofletes... ¡El principal... tenía unas manazas!

—¿Pero dónde está ese endiablado Perico? ¡Dormido seguramente, dormido sobre alguna saca de arroz! gritó.

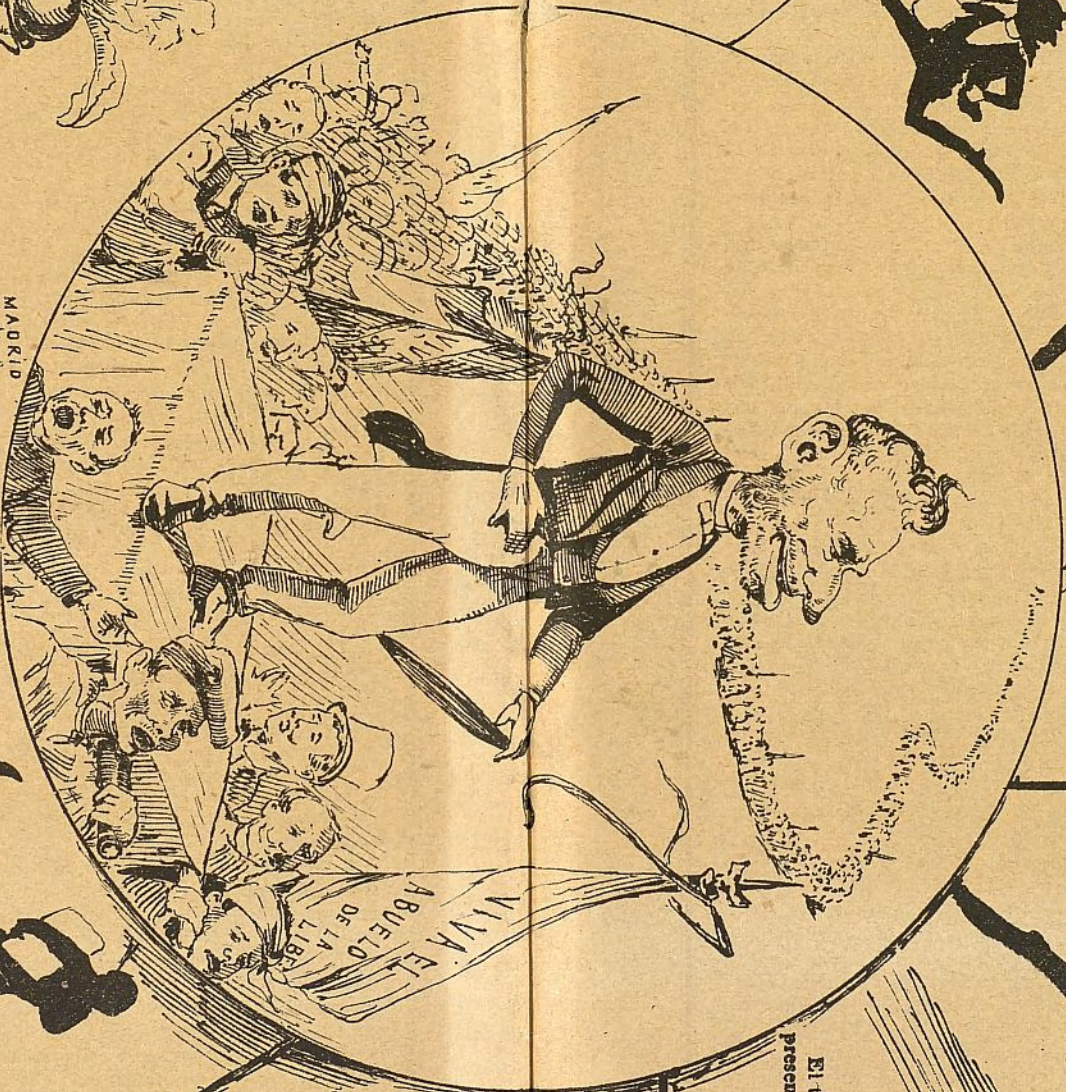
Y Perico, que ha de levantarse con el alba, y que ha cargado y descargado sacos, pipas, fardos y cajones, está rendido, cuando no es que está abotar-



...que así el fiscal recompensa,
a los que luchan ilusos
del bien público en defensa;
denuncia la prensa abusos?
Pues... se denuncia a la prensa.



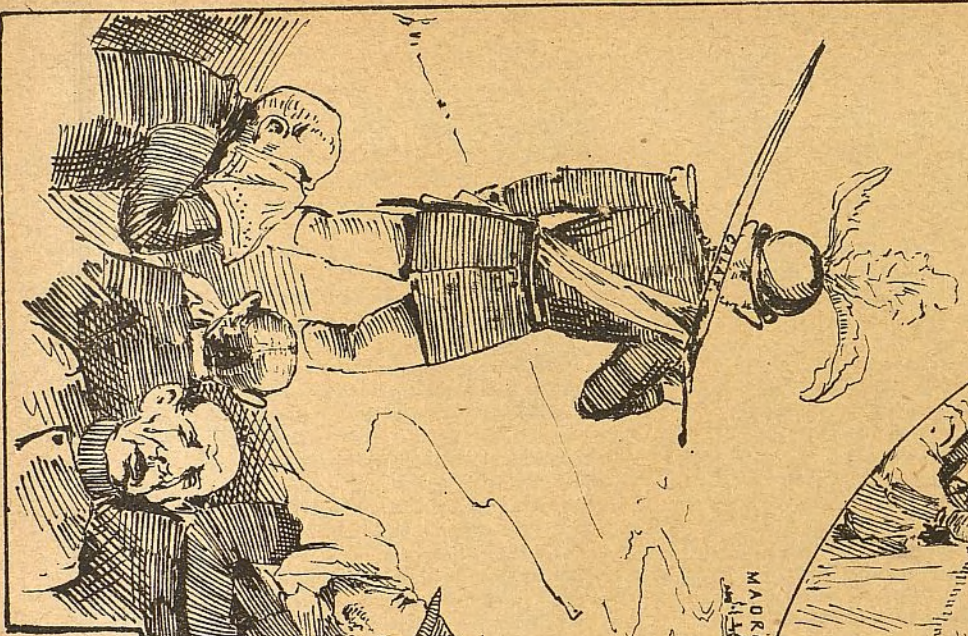
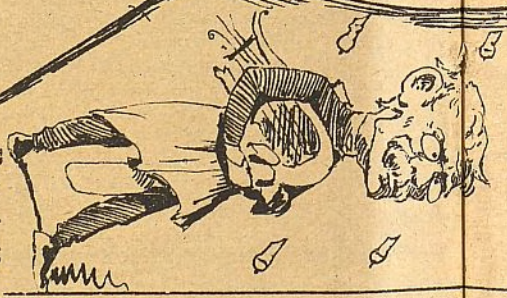
El tipo del Tenorio, según debe
presentarse en el siglo diez y nueve.



MADRID

Para que digan
si son barbianes
aragoneses y catalanes;
para que nieguen
que son cortes
los catalanes y aragoneses.

Una coincidencia que
me choca, por Betcebiti
éi hace síhas (con v)
y le dan síhas (con b).



¡Pueblos, llorad, llorad,
que se ha marchado el héroe de Cataluña!

gado de pasar horas y horas de pié junto á la tabla del despacho, sin pensar, ni sentir y como un zote.

¡Ríe como un imbécil cuando se ríe! Su risa... Dios me perdone, pero es el grito humano que más se parece al rebuzno. Y con ser tosco y torpe, es servicial y trabajador en grado sumo cuando el caso lo requiere, pero su diversión única, lo que le atrae y le subyuga, causándole un asombro grande... es ver á los ratones.

Ellos tienen la inteligencia portentosa, practican la filosofía del principal.

¡Arañar el centimillo, y roer del peso!

Claro es que, como animalillos, no han podido llegar al gran trabajo de la adulteración de todo lo que sirve para beber ó para comer... El gran papantás público recibe cuanto le dan y lo que le dan.

Los ratones, los ratones... en sus agujeros acechan, son pequeños, ruines, insignificantes, como en la sociedad humana el pobre Pedro .. pero ¡qué sentido práctico!

Pellizco á pellizco en los mantecosos quesos, araña que araña en las cajas de dátiles, higos, pasas de Málaga, galletas, chupa que chupa en los terrones de dulces y muerde que muerde jamón ó salchichones; el dormilón prosigue su carrera, llegando al cabo á saber lo que puede poner y quitar de un plumazo en cuentas, y, en fin llega á la Universidad de los grandes talentos ratoniles humanos á poner el dedo en la balanza.

¡El dedo en la balanza, ahí es nada! La imbecil gran ciudad vive deprisa, nerviosa, agitadamente, en la loca turbulencia de las calles, en el afanoso trabajo de los talleres, en la paciente, distraída y elevada tarea de los grandes empeños de la inteligencia. Y todo lo devora; así lo bueno, lo malo, lo falsificado, como lo que es de ley... ¡La gran ciudad es profundamente ignorante acerca de las materialidades ruines del sustento diario!

¡Aquí de los ratones!

Aquí, en fin, la manera de elevarse y de progresar y de enriquecerse y orondearse y subir, subir insensiblemente nuestro mancebito de ultramarinos. Él es como el parásito en los antiguos banquetes sagrados: logra su puesto, y come á dos carrillos; es un desconocido bajo este pomposo anónimo: D. Perico «del comercio.»

¡Roedor, roedor D. Perico! ¡Madera de concejal! Dando con el dedo al peso, cada cuarteron hubo de pesar por libras, dando con el dedo, los paquetes fueron mermados,... y luego dió con el dedo en los juegos de usura, y después en los de Bolsa y al cabo llega á ser una de las bocas de los tentáculos del enorme cefalopodo «El Monopolio.»

Ved al señor D. Perico... Vedle, obreros los del arte, los de la industria... Ved á mi señor D. Perico. Magníficas tiendas, almacenes, casa quinta, coches... ¡Mirale tú, hambriento pensador, que quieres sacar de su enervamiento á los corazones y de su muerte á los entendimientos, mírale, mírale...!

Trabajó... sí, un breve tiempo... Después fueron sus maestros los ratones... ¡Maldecido! por no elevarte, como pan, carne, frutas, bebo, leche ó agua, me repugna, craso Crespo, tu mercancía.

Y con un vaso de riquísimo y trasparente blanquillo de mi tierra ¡brindo por la edad de oro en que el fruto de la propia cosecha era el alimento de la familia, y todos ó casi todos cosechaban! ¡Más quiero una huerta de mil arboles frutales, que una ciudad con su mirada de tiendas surtidas de Ultramar y de ultratumba!

Fuera yo el diablo ¡qué gozo!

¡D. Perico ha muerto! Cáteme V. en el juicio de su alma, Miguel tendría su balanza.

Vengan virtudes. Pongamos que Perico las tenía todas y que con esto iba á lo alto el platillo de pecados.

—¡Que ponga el dedo! ¡que ponga el dedo! gritaría yo furioso, como lo que sería, como un demonio.

Y el alma de D. Perico se perdía. El dedo pesaría por sí más que todas las virtudes imaginables.

JOSÉ ZAHONERO.

COSAS DEL TIEMPO

Se fué el cielo encapotando;
el sol ocultó su faz
y vino un frío tenaz,
que nos hace estar temblando.

Como un cristal está el suelo
y ninguno á andar se atreve,
y está cayendo la nieve,
como rocío del cielo.

El frío, sin compasión,
á hacer estragos empieza
y se mete en la cabeza,
helando la inspiración.

El invierno compromete
á llevar prendas mayores

y en este tiempo, señores,
convierte al mundo en sorbete.

Cuando capa no tenía,
el frío no me apuraba,
y el sol sus rayos lanzaba
y entre ellos nos envolvía.

Tanto, que llegó á decir
alguno, dándose pistó.

—El invierno, por lo visto,
no se acuerda de venir.

Y la nieve, que hoy se escapa
del cielo, dándonos guerra,
me dijo: —No iré á la tierra,
hasta que no tengas capa.

En efecto, la saqué,
causando asombro en la plebe,
y puse un parte á la nieve,
diciéndola: —Venga usted.

En tiempo muy limitado
llegó el parte á su destino,
y cuando la nieve vino
me encontró tan embozado.

¡Friol! aprieta cuanto quieras
y á ver si niega la gente,
que soy persona influyente
allá en las altas esferas!

J. RODAO.

UN TIMO COMO HAY MUCHOS

Si no recuerdo mal, era de Octubre hacia la mitad, cuando Andrés Ferrer y Vera, vino a seguir su carrera en esta Universidad.

Al principio, el pobre estaba sin saber qué le pasaba, pues la buila y oropel de esta segunda Babel le aturdió y le cegaba.

Después... después ya decía que aquí lo pasaba *al pelo*, y comprendió que tenía gran razón quien dicho había que «de Barcelona al cielo.»

Voló el tiempo; pasó un mes y pasaron dos y tres sin pensar más que en jaleos, en teatros, en paseos, en mujeres y en cafés.

El juego con su fatal influencia, le arrastró, y al fin, como es natural, en pocas noches perdió hasta el último real.

¿Qué medio para salir de aquel apuro tendría? Uno muy fácil: fingir que le han robado, y pedir auxilio á la policía.

«¡Bien!»—dice-y del hecho da cuenta detalladamente; y muy satisfecho ya, á su querido papá manda la carta siguiente:

«Querido padre: al comprar un libro de estudio ayer, sin poderlo remediar, y sin que pueda explicar cómo pudo suceder, porque le juro que yo nada noté ni sentí, un ratero me quitó los cuartos que V. me dió para mis gastos aquí.

Le escribo al punto, no sea que el caso desfigurado usted en la prensa lea, y no se lo explique, ó crea más grave lo que ha pasado

¡Qué razón V. tenía, cuando:—Hijo—me decía—no te fies de ninguno. ¡Mira que roban á uno los cuartos en pleno día!

Pero, en fin, puesto que ya no hay remedio, claro está que necesito dinero, y lo antes posible espero que V. me lo mandará.

Tengo prisa, pues ya es hora de clase. Adios, padre; un beso á Pepin é Inés y usted reciba con madre un abrazo de su: Andrés.

Post-data. Excuso decir que mande usted algo más que lo que traje al venir. ¡Aquí, padre, ni aun reír te dejan si algo no das!»

Hecha la farsa, quedo tranquilo el que la inventó tan desvergonzadamente, y el caso se comentó de la manera siguiente:

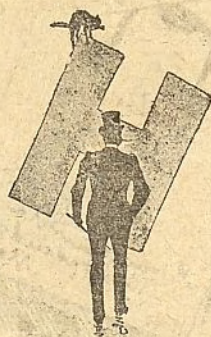
El Noticiero:—«Anteayer antes del anoche, le robaron mil pesetas al joven D. A. Ferrer en la calle de Carretas.»

El público: «¡Si aquí ya roban como en despoblado! Ninguno que sale está seguro, si es que no va una pareja á su lado.»

El padre así le escribió: «Bien aseguraba yo que eres cándido y sencillo. Hay en esa tanto pillo...» El hijo:—«¡Se la tragó!»

J. ROMERO GARMENDIA.

REFORMAS BARBERILES



ASTA ahora habíamos sido servidos por camareras en algunos cafés y horchaterías, y hasta en un teatro de la corte hubo en cierta época acomodadoras.

Pero ¿quién había de pensar que la más hermosa mitad del género humano llegaría á hacernos la barba?

Y sin embargo, es cierto, según se ve en un periódico de una población del Norte de España, que dá

cuenta de la próxima inauguración de una peluquería servida por mujeres.

Es de creer que el ejemplo se seguirá en las demás provincias y que en lo sucesivo no confiaremos ya el rostro ó la cabeza á manos de un manco que huela á tabaco, sino que los depositaremos en las de jóvenes lindas.

¡Cómo se nos excitarán los nervios!

—Caballero, ¡no se mueva V! —nos dirán sonriendo de un modo encantador.

—¿No me he de mover —contestaremos— si me pasa una cosa por los ojos que no me deja verla á V?

—No haga V. caso; es que he llevado demasiado arriba la jabonadera.

—Lo mismito que esas burbujas de jabón se levanta mi corazón en este momento... ¡Ay!

Aquellos calaveras, castigo del bello sexo, se tendrán que arreglar las barbas ellos mismos, por miedo á ser castigados por alguna moza barbera.

Pero atisbarán por los cristales del establecimiento, por si ven algo.

—Pase V.,—exclamará el dueño, deseando atrapar un prójimo afeitable.

—Ya lo creo que pasaría... pero no me atrevo. Temo haber sido el seductor de alguna de sus dependientas.

—No diga V. eso. ¡Si aquí todas son virtudes!.

—¿Virtudes? ¡Ya no entrol

—Vamos, hombre; no pase angustias.

—¡Tate! ¡Angustias también? ¡Cielos! Yo que ya me animaba...

—¡Es decir—murmura mohino y desesperanzado el dueño de la peluquería—que no me otorga sus mercedes, pasando á un sitio donde todo es paz

DETALLES CONYUGALES, POR PONS.



EL ALBUM DE PEPITA.

DETALLES CONYUGALES, POR PONS.



EL ALBUM DE D. JOSÉ.

Señor mío, tiene V. muchas conchas. Si todos los hombres fueran lo mismo, valiente consuelo tendríamos...

—¡Cielo santo! ¡Mercedes, Paz, Concha y Consuelo! ¡Y quiere V. que entre! Pues me iba á meter en buen berengenal. Y aprieta el paso gritando: —Agur, maestro.

—Vamos, —murmurará éste para sus adentros, y hasta para sus forros; —ese chico no tiene nada que afeitar.

La tal costumbre originará serias cuestiones en el hogar del matrimonio, y hasta en la sala ó el gabinete.

—Bonifacio, tú me engañas. Antes no te mirabas al espejo, ni te untabas la botas con grasa de caballo normando, como haces ahora. Además, hace días que observo en tu levita unas motas pequeñas y blancas que me hacen sospechar. ¡Ay, Bonifacio, eso no es nada limpio!

—Claro que no; si son manchas...

—¿Y de qué proceden? No me engañes.

—Pues, tontina, vete á saber...

—Eso haré. Ir á averiguarlo, si no me lo dices inmediatamente. Mira, —muje enseñándole la prenda— aquí está el cuerpo del delito.

Don Bonifacio alarga el cuello.

—¡Ja, ja!.. pues si son babas de los pajaritos de los árboles de la Rambla. ¡Si vieras cuanta ropa estropean!

—¿Conque babas de pajaritos, eh? Sí, sí; buenos pajaritos te dé Dios. Esas babas son... de oficina de peluquería. No lo niegues; tú te afeitas.

—¿Yo? Si jamás he sabido. Cuando jovenzuelo, rascaba el pelo de los baules, por vía de ensayo, antes de aplicarme á mi propio la navaja, pero los dejaba en tan calamitoso estado, que no quise nunca hacer más pruebas. Yo no me afeito, pichoncita mía; me afeitan.

—¡Y lo confiesa! ¡Cruel! ¡perjuero! ¡seductor! Nadie sino tu esposa es quien para tomarte á tí el pelo y encrespas los bigotes. ¡Dios mío! ésto es terrible. Al fin, él es guapo y enamorado... ¡Oh! déjame llorar...

—Vamos, querida, cálmate; ya se ve que soy guapo; pero te juro que no me toca la cara ninguna mujer.

—Te tocará la cabeza, y saldrán en la mía... ¡Dios sabe que cosas!

Y aquí tienen Vds. un matrimonio que despues de llevarse bien durante veinte años, dará al traste con la tranquilidad conyugal.

Doña Mauricia, que tiene tres hijas como tres corderos inocentes, desde que leyó la noticia está preocupadísima.

Anoche la tomó con el novio de una de ellas, muchacho pecoso de viruelas, aunque estudiante de Farmacia.

—Enrique —le dijo: —V. viene de la peluquería.

—No, señora; vengo de la calle del Hospital.

—No me lo niegue V. Usted huele á mujer. ¡Vicioso!

—Señora; protesto...

—A ver... baje un poco la cabeza. ¡Justo! Renuncie V. desde este momento á la mano de mi Aurelia y salga inmediatamente de mi casa. ¡Lo oye V? y no vuelva á ella jamás.

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿A quién se le ocurre ir á que esas muchachas le corten?..

—¡Doña Mauricia!

—¡Buenas noches!

Y el pobre Enrique, despedido de un modo tan elocuente, baja rabioso por la escalera, palpándose todo su cuerpo y murmurando:

—¿Pero qué diablos será lo que me han cortado?

¡Apenas si, en lo sucesivo, nos encontraremos gomosos con los rizos chamuscados, chulos con una *persiana* de menos, viejos verdes con un lado del bigote embadurnado con cosmético negro, y blanco el otro, y muchachos troneras con la cara cortada!

Habría chica de esas á quien todos sus novios le han sido infieles, que al verse abandonada por el último, clamará enfurecida poniéndose el mantón:

—¡Venganza! Ya verán esos *lipendis* quien es una y como las gasta una.

—Pero, hija, ¿ande va V. toa desafortada?

—¡A desollar al sexo feo!

—¿Va V. á fundar algún periódico?

—Aun peor: voy á meterme á barbera.

JULIO VICTOR TOMEY

ABUSO DE CONFIANZA

Rasgó la aurora las nocturnas sombras,
trinó el gilguero en la enramada espesa,
cruzó el espacio la fragante brisa,
¡y ella roncando!

Vi los contornos de su casto seno
mal cubiertos, quizá por un descuido,
y en éxtasis subíme contemplándola,
¡sentí unas cosas!...

Un mundo de placer y de ventura
forjó mi mente en tan supremo instante;

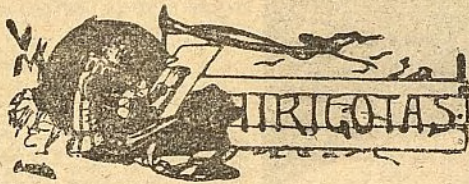
despidieron relámpagos mis ojos.

¡Y se comprende!

Cruzaba Febo la extensión cerúlea,
trinaba elruiseñor allá en la selva,
sin descanso la hormiga trabajaba,
¡y ella... roncando!

Volví á su lecho, por si algún descuido
había un nuevo encanto descubierto,
y entonces, ¡ay de mí! ¡la vi tapada
completamente!

MANUEL SORIANO.



Votos recibidos, hasta la hora de entrar en máquina el presente número, á favor de algunas de las respuestas al juego de ingenio: «¿Cuál es el colmo de la consonancia?» propuesto en nuestro número 179.

A favor de D. E. G., de Sevilla, 4 votos.
Id. id. de D. J. C. de Valladolid 3 »
Id. id. » D. R. L. I. » Barcelona 6 »
Id. id. » D. » Valladolid 2 »

Ha obtenido, por lo tanto, el premio de 25 pesetas, por mayoría de votos, el señor D. Rafael Lopez Isasi, de esta ciudad, á quien hemos hecho entrega del consabido billete de cien reales, según recibo que obra en nuestro poder.

Como habrán visto Vdes., tanto la votación como el certamen han estado desanimaditos de veras. Lo cual prueba una de dos cosas: ó que nosotros hemos equivocado lastimosamente el camino (y esto es lo más fácil.)

O que no están Vdes. para juegos (y esto lo más acertado.)



Como tenía en la cara
cuatro pelos nada más
al ver mi barba tan fea,
los amigos sin piedad
me atormentaban, diciendo:
— ¡Qué barba! Y al escuchar
que todos me repetían
lo mismo, furioso ya,
para librarme de guasas,
me fui la barba á afeitar.
Caf en manos de un barbero
tan torpe y tan animal,
que á cortaduras me puso
hecho nna calamidad.
Hoy la barba no la tengo,
pero estoy de un modo tal,
que los amigos al verme,
me atormentan más y más
y en vez de decir:— ¡Qué barba!
dicen:— ¡Qué barba...ridad!

Los maestros de Lorca, que se mueren
por falta de alimento,
le han escrito al Ministro de Fomento
diciéndole que quieren
ir á matar el hambre á tierra extraña
puesto que no les pagan en España.
Y tomando por base esos motivos,
si el Gobierno les oye indiferente
quieren cerrar sus centros instructivos...
¡si es que el Señor Ministro lo consiente!
¡Cuidado con la calma y la prudencia

de esos nobles varones
cuya misión es difundir la ciencia!
¡Con que piden licencia
para irse á pasar hambre á otras naciones!
Me hace esto recordar al empleado
que; del mundo cansado,
queriendo envenenarse con morfina,
respetuoso y sumiso,
le dijo al jefe: — ¡Déme usted permiso
para no volver más á la oficina!

J. RODAO.



LIBROS. *Perjurio*, poema, por D. Pascual Cucarulla, Játiva. — Precio: 1 peseta.

Almanaque de «La Esquilla de la Torratxa» para 1891.—El que crea que puede haber en el mundo almanaque más variado, bonito y económico que el que ha publicado mi apreciable colega *La Esquilla de la Torratxa*, se equivoca lastimosamente; texto abundantísimo y ameno, firmado por los más notables escritores, y grabados excelentes en profusión asombrosa, originales de los mejores artistas, no solo de Cataluña, sino de toda España, todo ello por una peseta... ¿Quién puede dar más? Así anda la edición, que si no está ya agotada, poco se le faltará. Felicitamos al simpático colega.

De dos novedades bibliográficas que se preparan he de dar á Vdes. cuenta. Es una la publicación de *Espuma*, novela de Armando Palacio Valdés, ilustrada por Cuchy y editada por la casa Henrich y Compañía; es la otra la publicación de *La Garba* colección de poesías de Apeles Mestres, ilustradas por él mismo. De una y de otra ofreceremos á Vdes. una muestrcita y de ambas hablaremos con la extensión que merecen.

Cuadro de honor

CORRESPONSALES

que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Ávila	106'80
» Ramón Perez, de Alcoy	50'38
» E. Araujo Boderó, de Lugo	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres	18
TOTAL. . . Pesetas	919'88

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.

¡OJO!
SALDRÁ
EL
ALMANAQUE
DE LA
SEMANA
COMICA

ESCRITORES

*cuyas firmas honrarán
 el Almanaque*

Apeles Mestres, Cano
 (Leopoldo), Catarineu, Co-
 dolosa, Echegaray, Estre-
 mera, Feltu y Codina, Fer-
 nandez B-emón, Fernandez
 Shaw, Guimerá, Ixart, Lo-
 pez Silva, *Mecachis*, Cl er
 Palacio (Manuel del), Picón,
Pitarra, Taboada, Urrecha,
 Zapata y otros muchos.

DIBUJANTES

Apeles Mestres,
 Carrasco, Cilla,
 Cuchy, Martí, Me-
cachis, Melitón
 Gonzalez, Pahissa,
 Pellicer, Perez Ar-
 gemí, Pons, Vela
 y otros.

SE PUBLICARÁ

la semana que viene